



552 07652 X A. CORGI BOOK

**LOBSANG  
RAMPA**

**El Camino de  
la Vida**

## CAPITULO I

### GUIA DE UN MUNDO FUTURO

Las malezas altas y exuberantes en el borde del terreno desaseado y vacío- se movieron ligeramente. Las anchas hojas del viejo lampazo rasgado ondularon oblicuamente y los dos ojos verdes no parpadeantes fijaron la vista en la oscuridad de la calle lúgubre. Lentamente, y con mucha cautela, un gato flaco y amarillo apareció en la acera desnivelada. Se detuvo expectante para olfatear en el aire nocturno señales de enemigos. Amigos no los tenía, pues en esta calle los gatos vivían una existencia casi selvática, con las manos de todos los hombres contra ellos.

Convencido por fin de que no había peligro, saltó al centro de la calzada y allí se sentó y comenzó a asearse cuidadosamente. En primer lugar se lavó las orejas, y luego la parte trasera del cuello con una zarpa bien humedecida. Finalmente, con la pata izquierda apuntando al cielo, continuó su acicalamiento cuidadoso. Interrumpiéndose durante un instante para recobrar el aliento, miró a su alrededor y contempló la triste calle.

Sucias casas de ladrillo de otra época. Cortinas andrajosas en ventanas manchadas de hollín, con la pintura que se desprendía de los marcos podridos de las ventanas. De vez en cuando llegaba el sonido estrepitoso de algún aparato de radio desentonado, que se acallaba rápidamente cuando alguna imprecación chillona atestiguaba la desaprobación de algún otro inquilino.

Centelleos de luz amarillenta llegaban de los faroles que no habían roto los niños de la localidad. Grandes parches de sombra negra se desparramaban por la zona de los faro-

les rotos. El gato amarillo volvió a acicalarse, indiferente a la basura esparcida por las aceras. De lejos, desde la zona "mejor", llegaba el estruendo en sordina del tránsito y en el firmamento se reflejaba el resplandor de muchos anuncios con luces de neón. Pero allí, en aquella calle, todo era desolación; era la calle de los desesperados.

De pronto el gato amarillo se puso alerta, con las orejas erectas, los ojos fijos en la oscuridad, los músculos listos para la huida instantánea. Algo había llamado su atención. Se levantó de un salto y lanzó un maullido de alarma antes de sumirse en la oscuridad entre dos casas. Durante un momento todo fue normal en la calle: el gemido irritado de un niño enfermo, un hombre y una mujer que disputaban con espeluznantes términos anatómicos, y el chirrido lejano de frenos aplicados de pronto en una calle adyacente.

Por fin se oyó el más tenue de los sonidos no habituales: los pasos lentos y pesados, no de un borracho, pues eso era normal allí, sino los vacilantes de un viejo, los pasos de alguien que estaba cansado de la vida, de alguien unido por el hilo más delgado a una existencia miserable e insegura. Los pasos pesados se fueron acercando, como el lento roce de la arena bajo unos pies calzados con sandalias. El oscuro vacío de la calle sombría, mal remediado por los faroles poco frecuentes, hacía difícil ver. Una sombra vaga se movió débilmente a través de un trecho iluminado y volvió a tragarla la oscuridad.

El sonido de una respiración resollante y asmática hería ásperamente los oídos a medida que se aproximaba la figura desconocida. De pronto los pasos se detuvieron y se r: y o el ruido ronco de una fuerte expectoración, seguida por una aspiración dolorosamente sibilante. Un fuerte suspiro y los pasos vacilantes reanudaron su ritmo cansado.

Una sombra blanquecina surgió vagamente de la semioscuridad de la calle y se detuvo bajo un farol que iluminaba débilmente. Un anciano vestido con una sucia túnica blanca y calzado con sandalias andrajosas examinó con evidente miopía el terreno que tenía delante. Se agachó y buscó a tientas para recoger la colilla de un cigarrillo arro-

jada en la cuneta. Al inclinarse, la carga que llevaba reflejó la luz; era un cartel sujeto a un palo y en el que estaban impresas toscamente estas palabras: "Arrepiéntete, arrepiéntete, pues el Segundo Advenimiento del Señor está próximo. Arrepiéntete." Se enderezó, avanzó unos pocos pasos más y luego descendió penosamente por unos escalones de piedra a un sótano.

—No sé por qué haces eso, Bert, de verdad no lo sé. Lo único que consigues es que se rían de ti los muchachos. Deja de hacerlo, ¿lo prometes?

—Oh, Maudie, todos tenemos una tarea que cumplir. Supongo que podré plantar una semilla de pensamiento en alguna parte. Seguiré haciéndolo durante algún tiempo más.

- -No podrás hacerlo durante mucho tiempo, pues tienes ya ochenta y un años, y digo que ya es hora de que renuncies a eso antes que caigas muerto en la calle.

El viejo portón centelleaba bajo el débil sol de la tarde. El barniz reciente daba nueva vida a la madera centenaria. Más distante a lo largo del sendero, el viejo templo de piedra gris de Santa María mostraba un aspecto tierno y benévolo. Las grandes puertas con tachones de hierro estaban abiertas, esperando a los devotos que acudían al servicio vespertino. Muy en lo alto las campanas hacían oír su mensaje eterno: "Apresuraos, apresuraos, o llegaréis tarde." Mil años de historia estaban encerrados en el viejo cementerio. Grandes tumbas de piedra de las épocas pasadas con sus inscripciones arcaicas, grandes ángeles de piedra con las alas extendidas. Aquí y allá, columnas de mármol rotas simbolizaban una vida "quebrada" en su albor.

Un vagabundo dardo de luz que surgió inesperadamente de unas nubes separadas de pronto atravesó el viejo templo y dio una vida intensa a las vidrieras de colores, extendiendo la sombra de la torre encastillada a través de las tumbas de los que estaban enterrados hacía tanto tiempo.

La gente acudía en aquel momento a la iglesia desde todas direcciones, conversando animadamente y vestida con sus ropas domingueras. Los niños más pequeños, fal-

tos de naturalidad con sus atavíos y desconcertados por sus caras recién fregadas, avanzaban pisando los talones de sus padres. Un viejo pertiguero apareció brevemente y contempló preocupado el camino antes de retirarse a la oscura frialdad del templo.

Detrás de la pared de piedra se oyó una carcajada y a continuación aparecieron el Rector y un amigo clérigo. Bordeando las viejas tumbas seguían un sendero privado que llevaba a la sacristía. Pronto aparecieron también la esposa y los hijos del Rector que se dirigían a la entrada principal para unirse con la gente que llegaba.

Arriba, en el campanario, continuaba el repique de las campanas, apremiando a los morosos y reprochando a los que no acudían al templo. La gente que llegaba fue disminuyendo hasta que terminó por completo; el -pertiguero escrutó una vez más el camino y, como no vio a nadie, cerró la puerta principal.

Dentro reinaba la atmósfera de santidad tan común a todos los viejos templos de cualquier religión. Las grandes paredes de piedra se alzaban hasta la altura de las vigas macizas. La luz del sol brillaba a través de las vidrieras de colores y ponía dibujos variables en los rostros pálidos de los fieles. El órgano hacía oír los acordes arrulladores de un himno cuya historia se perdía en la bruma de la antigüedad. Un último repiqueteo de las campanas y, mientras sus ecos se desvanecían, todavía crujió débilmente una puerta y los campaneros entraron en la nave para ocupar sus asientos en el fondo.

De pronto cambió la música del órgano. La gente se atiesó con aire de expectación y se sintió una conmoción dominada en la parte trasera del templo. Las pisadas de muchos pies, el susurro de las vestimentas y pronto los primeros niños del coro avanzaron por el pasillo central para ocupar sus puestos en la sillería del coro. Luego se produjeron la agitación y los murmullos tan comunes en esas ocasiones en que la congregación se prepara para el comienzo del oficio religioso.

El Lector comenzó a zumbear leyendo las Lecciones como venía haciendo desde hacía muchos años; leía automá-

ticamente, sin pensar en ello. Detrás de él, un corista aburrido se divertía con un tiragomas y unas bolitas de papel. " ¡Ay! ", exclamó la primera víctima, involuntariamente. El organista y director del coro giró lentamente én el taburete y dirigió al culpable una mirada tan feroz que el niño dejó caer el tiragomas y restregó los pies inquieto.

El sacerdote invitado, dispuesto a pronunciar el sermón, subió lentamente las escaleras del púlpito. Cuando estuvo arriba se inclinó sobre la barandilla de madera y contempló complaciente a los fieles. Era alto, con el cabello moreno ondulado y unos ojos de ese, matiz azulado que tanto atrae a las solteronas. La esposa del Rector, sentada en el primer banco, levantó la vista y se permitió desear que su marido tuviera aquel aspecto. Lentamente, tomándose tiempo, el predicador anunció que iba á hablar del SEGUNDO ADVENIMIENTO DEL SEÑOR.

Comenzó a hablar en tono monótono y siguió hablando y hablando. En uno de los bancos traseros, un viejo labrador jubilado consideró que aquello era excesivo para él y se fue durmiendo poco a poco. Sus ronquidos no tardaron en resonar en todo el templo. Apresuradamente se le acercó un monaguillo y lo sacudió para despertarlo antes de sacarlo fuera de la iglesia. Por fin el sacerdote visitante terminó su sermón. Después de dar la bendición se dio vuelta y descendió del púlpito.

Hubo un restregar de pies cuando el organista comenzó a tocar el himno final. Los monaguillos recorrieron las naves con los platillos para la colecta y sacudían la cabeza en gesto de reprobación cuando alguien no daba lo suficiente. No tardaron, en formar un grupo de cuatro y avanzaron por la nave central para entregar los platillos al Rector que esperaba. Luego, en la sacristía, el Rector se volvió hacia su invitado y le dijo:

—La recaudación ha sido de diecinueve libras, tres chelines y once peniques y medio, un tael chino, un franco francés y dos botones de pantalón. Me preocupa mucho el pobre hombre que ha perdido los dos botones del pantalón y debemos esperar que llegue a su casa sin que le suceda nada desagradable.

El Rector y su huésped volvieron juntos por el pequeño sendero que pasaba entre las tumbas centenarias; sus sombras se alargaban en dirección al este. Cruzaron silenciosamente el portillo abierto en la pared entre el cementerio y los terrenos de la Rectoría. El Rector rompió el silencio:

—¿No le he mostrado mi macizo de petunias? —preguntó—. Se dan muy bien. Las planté yo mismo. No deberíamos hablar de nuestra profesión, pero declaro que me ha gustado su sermón.

—Me pareció apropiado, con toda esa charla acerca de que Dios ha muerto —replica" el invitado.

—Contemplemos las plantas —observó el Rector—. Tengo que hacer podar algunos de los manzanos. ¿Obtiene usted sus sermones de la misma Agencia que yo? Yo comencé recientemente a trabajar con ellos; ahorra muchas molestias.

—Tiene usted aquí un terreno bastante grande. . . No, ahora no trato con la Agencia. Me fallaron dos veces y no quiero correr el riesgo de que lo hagan la tercera. ¿Cultiva el jardín usted mismo?

— ¡Oh! —dijo la esposa del Rector antes de la cena, mientras bebían un vino de Jerez suave—. ¿Cree usted realmente en un Segundo Advenimiento, como dijo en su sermón?

— ¡Vamos, vamos, Margaret! —intervino el Rector—. Esa es una pregunta que sugiere la respuesta. Sabes tan bien como yo que no podemos predicar ni decir todo lo que creemos. . . o que no creemos. Hemos hecho declaración de fe y debemos predicar de acuerdo con las reglas de la Iglesia y los dictados del obispo de la diócesis.

La esposa del Rector suspiró y dijo:

— ¡ Si conociéramos la verdad, si tuviéramos a alguien que pudiera decirnos lo que debemos esperar, lo que debemos creer!

—Dígame —preguntó el invitado dirigiéndose al Rector—, ¿utiliza usted abono natural o abonos químicos en sus fresales?

El anciano de ojos grises y estrábicos se acercó insinuan-  
tamente al hombre de rostro delgado mal sentado en el  
destartalado banco del parque y le preguntó ansiosamente,  
con voz ronca:

¿A qué hora dan el comistrajo, compañero? Si no lo  
tengo pronto en mi estómago voy a estirar la pata. ¿Es  
que antes tienen que terminar de cantar sus himnos?

El hombre del rostro delgado se volvió y bostezó primo-  
rosamente mientras examinaba al otro de la cabeza a los  
pies. Limpiándose con cuidado las uñas con un monda-  
dientes roto, contestó con languidez:

Tiene usted, viejo, un excelente acento de Oxford. Yo  
también soy un viejo borstaliano, de la Feltham House.  
¿Así que quiere usted comer, eh? Yo también, yo tam-  
bién. ¡Con frecuencia! Pero eso no es fácil; los *johnnies*  
nos hacen trabajar para eso, usted sabe. Himnos, plegarias, y  
luego los montones de piedras o la madera que hay que  
aserrar o cortar.

Las sombras crepusculares se alargaban mientras avanza-  
ban a hurtadillas por el pequeño parque y prestaban una  
reserva bien acogida a las parejas jóvenes que vagaban an-  
siosamente entre los árboles. Unos minutos antes las tien-  
das habían cerrado sus puertas ante la llegada de la noche,  
y los grotescos e inverosímiles maniqués masculinos y fe-  
meninos quedaban exhibiendo sus indumentarias como fi-  
guras congeladas para siempre en la inmovilidad. Estaban  
encendidas las luces en la sede del Ejército de Salvación,  
calle abajo. Desde alguna parte muy distante llegaba el  
"bun bun bun" de un tambor tocado con más vigor que  
habilidad. Pronto llegó el sonido de pies en movimiento y  
el golpeteo del tambor se hizo cada vez más ruidoso.

Dando la vuelta a la esquina apareció un grupo de hom-  
bres y mujeres, todos vestidos con ropas de estameña de  
color azul oscuro, los hombres con gorras de visera y las  
mujeres con papalinas anticuadas. Ya en la calle principal,  
la banda, que hasta entonces sólo había sido reflejos bri-  
llantes bajo los faroles, entró en acción. El trompetero  
ensanchó su pecho encanijado y tocó con toda su fuerza  
la corneta. El tambor golpeó con entusiasmo su instru-



mento, mientras una de las muchachas del Ejército de Salvación, para que nadie le superara,\* entrechocaba los platillos como si de ello dependiera su lugar en el Más Allá.

Frente a las puertas del parque se detuvieron y el portador de la bandera clavó en la tierra el extremo del asta, lanzando un suspiro de felicidad. La dama que llevaba el viejo acordeón comenzó a resoplar con él los primeros compases de un himno. "Lah-de-da-da, lah-de-da-da, brum, brum, brum", gorjeó el anciano de ojos grises y estrábicos. El pequeño grupo de hombres, y mujeres del Ejército de Salvación formó círculo; su capitán se ajustó los anteojos y esperó a que se reuniera la gente. A lo largo del bórde de la acera obreros voluntarios repartían ejemplares de *El Grito de guerra*, mientras unas muchachas del Ejército de Salvación se introducían en una posada sacudiendo enérgicamente sus alcancías. Otra vez en el banco del parque, los dos hombres, a los que se había unido un tercero, observaban el espectáculo con interés.

—Hay que confesar los pecados si se quiere una ración doble —dijo el recién llegado.

—¿Los pecados? ¡Yo no he cometido ninguno! —declaró el de los ojos estrábicos.

—¿De veras? —replicó el primero—. Entonces le conviene inventar alguno rápidamente. El borracho reformado sale bien del paso. Pero usted no puede alegar eso porque es mi caso. Será mejor que diga que tiene una mujer a la que le pega.

— ¡Pero yo no tengo mujer ni nadie a quien pegar!

Que Dios lo bendiga, entonces —resopló el otro, fastidiado—. ¿No puede inventar una esposa? Diga que ella se ha fugado porque usted la amenazó con romperle la cabeza a golpes. Pero tiene que decirlo a gritos.

—¿Ustedes, compañeros, creen en Dios? —preguntó el viejo borstaliano, mientras dirigía su mirada perezosa hacia el grupo del Ejército de Salvación.

¿En Dios? —preguntó a su vez el estrábico—. ¡No creo en Dios! ¡No tengo tiempo para pensar en Dios ni en esas tonterías!

Se volvió y escupió desdeñosamente sobre el respaldo del banco.

—¿Cómo ha llegado usted a interesarse por Dios? —preguntó el recién llegado al viejo borstaliano—. Conocí que era usted un viejo estafador tan pronto como lo vi.

—Uno 'tiene que creer en algo —replicó amablemente el otro— para no perder el juicio, por pequeño que sea. Pero ahora mucha gente dice que Dios ha muerto. ¡Ya no sé qué creer!

Un súbito estallido de música los hizo mirar hacia las puertas del parque. El himno había terminado y la banda tocaba con más fuerza para atraer la atención del público hacia el capitán, quien, después de mirar a su alrededor, dio unos pocos pasos para separarse de los otros y dijo con voz fuerte:

—Dios no ha muerto. Preparémonos para el Segundo Advenimiento del Señor. Preparémonos para el Siglo de Oro que está tan cerca de nosotros, pero que será anunciado con trabajos y sufrimientos. Conozcamos la Verdad.

—Eso está bien para él —dijo el hombre de los ojos estrábicos en tono malhumorado—, pero él no sabe lo que es el hambre, no sabe lo que es dormir en los portales y debajo de los bancos y que venga algún polizonte y diga: "Váyase de aquí; vamos, lárguese de aquí."

—Ustedes, compañeros, me aterran —dijo el viejo borstaliano—. Recuerden que estamos representando el papel de sujetos despreciables y tenemos que apelar a tretas para que nos den la comida.

Encogiéndose de hombros y saludando con un movimiento de cabeza a los otros dos, el viejo borstaliano se dirigió bamboleando a las puertas del parque. Pronto se encontró en medio del grupo del Ejército de Salvación, confesando sus pecados en voz alta a un mundo indiferente.

Una anciana gorda que observaba el espectáculo desde la ventana del departamento de un vigilante, movió la cabeza dubitativamente.

—No lo sé, no lo sé —murmuró a su gata moteada—, ésa

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

